

bles artículos que publicó entre 1856 y 1858 en la «Revista de Literatura, Ciencias y Artes» de Sevilla; D. Juan Eugenio Hartzenbusch en la «Revista de España» y en la «Gaceta Literaria,» que veían la luz en Madrid en 1862; D. Aureliano Fernandez Guerra, en su precioso trabajo para ilustrar el Quijote, 1863; (19) y el propio Barrera en las nuevas investigaciones sobre la biografía de Cervantes, incluidas en la edición monumental de todas sus obras, hecha por Rivadeneira en el mismo año; (20) admiten, amplían, comentan y corroboran las conjeturas de Castro y de Rosell, llegándose á decir que para la crítica moderna el problema había quedado resuelto desde el punto mismo en que se pronunció el nombre de Aliaga. Veamos si esto es tan exacto como se supone.

BIOGRAFIA APÓCRIFA DE ALIAGA.

Cuéntase que Fray Luis Aliaga, nacido en la parroquia de San Gil de Zaragoza, y hombre de baja estraccion, era motejado desde chicuelo con el apodo de Sancho, aplicándosele en un sentido poco culto y decoroso: que protegido por el Padre Jerónimo Javierre, consiguió, unido ya á la órden de Predicadores con sagrados vínculos, un oficio de monjas; que despues leyó teología en la Universidad de su pátria, y que extrañado de la ciudad por haberse mostrado licencioso en alguna proposicion, buscó de nuevo el amparo de

su bienhechor, generalísimo por aquel entonces de la órden. (21) Añádese que Aliaga vino á Madrid con Javierre en calidad de fámulo decente suyo, y que aquí debió contraer amistad con Lope de Vega, tomando parte en las guerras literarias que mediaban entre este y Cervantes, siendo tal vez confidente del primero y su consejero en las aventuras á que tan inclinado se mostraba.

Publicóse á la sazón, continúan los eruditos, la primera parte del Quijote, donde salió el dominico desfaceador de entuertos mal parado, adjudicando Cervantes al sandio escudero, resúmen perfecto de toda sordidez y egoismo, el apodo con que Aliaga era conocido. Decláranlo así las alusiones contenidas en los versos de Gandalin «que indirecta é ingeniosamente echa al fraile en rostro sus humildes principios, y se le felicita por ser el único y solo á quien trataba con extraordinario mimo y cariñosa familiaridad Lope de Vega, Ovidio español en lo enamorado y en las transformaciones de su vida, señalándole en último lugar plebeyo aragonés con no declinar el pronombre personal tú, barbarie aun corriente entre los rústicos y plebeyos de las cuatro provincias aragonesas.» (22)

Recuérdale el donoso poeta entreverado, la innoble fuga y destierro de Zaragoza, y Cervantes ármale caballero con el seudónimo de Solisdan para que entable conversacion, en apariencia, con D. Quijote y en realidad con Lope de

Vega, y se confiese mal alcahuete suyo y le mortifique publicando los desprecios y desvíos que recibía de cierta dama antojadiza.

Resuelto el dominico á tomar venganza de tanto agravio, dióse á bosquejar, veraneando en Tordesillas en 1605, una tercera salida y quinta parte de las aventuras del andante caballero, distrayéndole de su tarea—si no es que se encontraba alcanzado de tiempo y casi desesperado de darle cima—el logro á deshora de sus mayores deseos, viéndose nada menos que llamado á dirigir la conciencia del duque de Lerma, valido de Felipe III. Confesor despues del monarca y molestado por una intriga que le urdiera el mismo duque por los años de 1612, Aliaga, para divertir sinsabores, desempolvó en el invierno de 1613 su olvidado y no concluido D. Quijote, noticioso de que el verdadero se calzaba de nuevo las espuelas para salir á campaña, y facilitándole por acaso su hermano Isidoro, arzobispo de Valencia, la impresion y publicacion en Tarragona, dió con efecto á la estampa su libro durante el estío de 1614. No fué entonces un secreto de inquisicion para nadie—siguen diciendo los cervantistas—el verdadero nombre del autor; y tres meses despues de publicada la obra, señalábasele con el dedo como lo patentiza la sentencia de las justas literarias de Zaragoza, en cuya ingeniosa lid tomó parte Aliaga, encubriéndose con el seudónimo de Alfonso Lamberto. Desembozaronle los jueces autor del

Quijote tordesillesco, y cuando aborrecido de todos caía del valimiento y era desterrado á Huete —en 23 de Abril de 1621— el conde de Villamediana le echaría en cara sus vicios y malas acciones, y la primera de todas su conducta con Cervantes. Quevedo le juzgó y retrató de mano maestra en varios escritos suyos, y hallándose Aliaga en Zaragoza en 1626, escribió y publicó en Huesca un papel titulado «Venganza de la lengua española,» con la mira de responder á los ataques del satírico poeta.

Mas ¿en qué se fundó Cervantes para ofender á Aliaga, personificándole en Sancho Panza? Concurrió aquel en 1595 á las justas literarias celebradas en Zaragoza por el convento de Santo Domingo con ocasion de la canonizacion de San Jacinto. Obtuvo el segundo premio, y es verosímil que el Padre Aliaga ensayara allí su númen poético y que el desaire sufrido le malquistase con Cervantes, declarándose enemigo del que desde Sevilla acudía á disputarle la gloria á que aspiraba. Supónese tambien que en busca del desquite, concurrió el dominico á las justas de 1614, explicando estos pormenores el acuerdo de Cervantes de esponerlo en la picota de su farsa y la rabia mal dominada del rencoroso y malévolo religioso, que hubo de perseguirle hasta el borde de la tumba.

Tales son las cláusulas que corren mas acreditadas. Para los unos las conjeturas se convirtieron

en probabilidades evidentes; para los otros en verdades incontrovertibles é incontrovertidas, y en cuanto al fundamento esencial de la doctrina, ó sea el hecho de que Aliaga se granjeó desde pequeño el dictado de Sancho, dícese que á esta hora no admite impugnacion: tampoco se discute la paternidad de la «Venganza de la lengua española» y se tiene como fallo pasado en autoridad de cosa juzgada que Alfonso Lamberto, Alonso Fernandez de Avellaneda y D. Juan Alfonso de Laureles, á cuya cuenta se carga el mencionado folleto, son tres seudónimos y una sola y única persona, Fray Luis Aliaga. Proteo de su época, vistióse los disfraces que cuadraban á las empresas que acometia; en 1614 escoje el que cambiara por otro en el mismo año, para reemplazarlo en 1626 por un tercero; tenazmente empeñado en no ser reconocido por la generacion que le rodea. Concluye la muerte con sus metamórfosis y sobre la tumba que recoge sus restos, coloca el olvido la losa del silencio, sin que nadie sea osado á romperla hasta que felices é inesperadas coincidencias conducen á la crítica á desenterrarle, no porque los propios merecimientos reclamen esta diligencia, sino porque importaba conocerle, una vez admitido que fué el perseguidor sañudo de Cervantes.

Empeñados en esta controversia, queremos someter al inapelable fallo de esa misma opinion que, aunque descarriada ahora, no se ha consti-

tuido en cómplice de la injusticia, los reparos que hemos de poner á las precedentes afirmaciones. Y nada tan distante de nuestro ánimo como dirigir cargos ni deslizar censuras, aun suavizándolas con el decir culto y reposado. Ajenos á todo resorte que no sea el limpio y bien encaminado pensamiento de descubrir la verdad, en cuanto á Cervantes atañe y á la razon humana es permitido alcanzar, cumplimos un deber extremando investigaciones proseguidas con la imparcialidad mas severa por criterio y el vehemente deseo del acierto por norte.

Sostenedores de la comun creencia, dominados de las propias y de las ajenas imaginaciones, entendimos un dia que se habia rasgado el velo que ocultaba al misterioso personaje; creimos entonces ver correspondidas nuestras esperanzas, y reposando en la acreditada doctrina, quisimos darnos cuenta de los infortunios de nuestro escritor, atribuyéndolos en no poco á la mala voluntad del soberbio y poderoso sacerdote; pero si es cierto que el hombre á quien rijen principios de bondad reconocida, modelados en las leyes de su naturaleza, no puede ni debe voluntariamente ligarse con el error, nosotros, sintiendo la fuerza y la legitimidad de esta máxima, rectificaremos juicios cuya lijereza nos probaron asíduos estudios, y cuyo respeto, una vez patente su falsedad, seria prueba tristísima de menguada entereza y de servil alianza con la parcialidad triunfante, siquiera

su equivocacion fuera tan segura como manifiesta. Si tal propósito puede aspirar al calificativo de honrado, si merecemos loa en vez de castigo, esta obrilla hallará indulgencia en los doctos y discretos, que podrán enmendar nuestras faltas y corregir nuestros estravíos, nunca apartarnos y perseguirnos con su severidad y su dureza. Aun aquellos mismos cuyas ilusiones desvanecemos quizá, al apercibirse de nuestra buena fé y de la rectitud de nuestras miras, harán lugar á la tolerancia que nunca vivió distante de los corazones enteros y de los pechos nobles y generosos.